

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

22 de febrero de 1890

Núm. 121



LOS NIÑOS DE ITALIA: NIÑA ITALIANA



## UN RATO DE CHARLA

**S**E ha constituido en esta capital una *Asociación escolar*, pensando que juzgo oportunísimo, á imitación de las que funcionan en Francia é Italia. No estoy enterado del objeto que se propone fuera de lo de estrechar los lazos del compañerismo, pero es indudable que la Asociación puede prestar grandísimos servicios.

Echando mi cuarto á espadas en el asunto, he de manifestar que, á mi juicio, uno de los principales fines de la asociación debería ser... jugar.

Ni más ni menos: jugar á la pelota, verbigracia, al *cricket*, etc., sin perjuicio de jugar también al billar; pero especialmente á lo primero que he dicho.

Otros objetos podrían ser las largas excursiones *con determinado fin*: la esgrima, la natación, la equitación, el remo, y demás géneros de *sport*. En una palabra, los ejercicios corporales tal como se practican en Inglaterra é Italia y se anda tras de que se propaguen en Francia.

Aparte de esto, hay carreras actualmente en que se impone la asociación, so pena de que sólo puedan emprenderlas los ricos ó de que se terminen estérilmente. Tal es el caso de la medicina. Antes con los libros bastaba: ahora es preciso un instrumental nada barato, preparaciones, etcétera, que no están al alcance de un estudiante pobre, pero que lo pueden estar mediante la asociación. Mas, dejando á un lado dicha particularidad, puede la asociación ser un elemento de ilustración en general con la creación de bibliotecas, salas de lectura y demás.

Es preciso, á mi modo de ver, romper resueltamente con la tradición de los billares de cafetín para seguir otro rumbo en consonancia con las exigencias de nuestros tiempos. En cuanto á las *tunas*, nada he de decir, pues lo mismo da *tunas* que *sociedades corales*, tan en boga en la tierra clásica de los estudiantes.

Esas asociaciones, destinadas á fomentar el desarrollo corporal y á acentuar el carácter estudiantil de la corporación, creo tienen ya en Oviedo una representación perfecta, lo cual basta á demostrar que son posibles en España. Se dirá que allí hay pocos estudiantes y que en Madrid y Barcelona hay exceso, pero esto puede obviarse sin duda.

Y ahora á otra cosa. Que se fortalezcan los lazos del compañerismo estudiantil está muy bien y su realización es facilísima; pero convendría también que se estrechasen los lazos entre el profesorado y los escolares, y que, así como todos los alumnos conocen á los profesores, digo yo, los profesores conociesen á todos sus alumnos: cosa difícil mientras no se dividan las clases.

La base principal de una asociación de estudiantes ha de ser el cariño



á la Universidad, cariño que no puede realizarse en abstracto, necesitando estar representada aquélla por el claustro. Ha de haber entre maestros y discípulos la intimidad que en una familia. Supongamos un centro docente que sea la imagen del fastidio, un centro cuyos profesores se distinguan por su prosopopeya ó ignorancia, un centro que sólo inspire ganas de hacer novillos ó de adelantar las vacaciones, un centro donde la asistencia á clase sea un tormento por un motivo ú otro; y la asociación se convertirá en elemento de oposición, de protesta, agravándose así la repulsión entre profesores y alumnos, y tomando el carácter de esas asociaciones de obreros, siempre, con razón ó sin ella, hostiles á los patronos.



Dos hermanitos italianos

Conviene, pues, que se haga por manera de hacer amable, atractiva la Universidad; de romper con el tipo escolástico que ha revestido hasta ahora, y de convertirla en un centro, no sólo de enseñanza, sino de educación, de escuela de la vida.

Este ideal costará sin duda de realizar, pero se realizará, como se realizará el ingreso por oposición en las facultades y la supresión de los exámenes de fin de curso (1), y como acabará por entenderse que la misión del catedrático no es explicar como un papagayo toda la asignatura, sino formar hombres de ciencia, y como se decidirá que no haya clases de más de cincuenta alumnos, y otras cosas que desgraciadamente no he podido ver yo, pero que es seguro habréis de ver vosotros.

En este sentido creo que las asociaciones de estudiantes pueden hacer mucho, influyendo en este movimiento reformador que tantos y tan ilustres partidarios cuenta ya en España.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

(1) Esta reforma se ensayó no há mucho en la Escuela Normal Central de Maestras, pero como dió excelentes resultados se derogó en seguida.



## JUEGO DE AJEDREZ

**P**OR encerrar una lección tan moral como provechosa, voy á referiros el origen del noble juego de ajedrez.

«Cuéntase que á principios del siglo v de la era cristiana había en Indias un príncipe poderosísimo cuyos vastos dominios se extendían á las orillas del Ganges, el cual había adoptado el fastuoso y campanudo título de *Rey de las Indias*.



Niña Italiana

Envanecido por los esplendores del trono, orgulloso del vasallaje que le rendían gran número de soberanos y ofuscado por su soberbia, creyéndose sin duda un semidiós, el joven monarca se olvidó bien pronto de que los reyes deben ser padres de los pueblos y de que el amor de los súbditos es la sola y única garantía que consolida la estabilidad de los tronos.

Los *bracmanes* y *radjás*, esto es, los filósofos y los grandes de su corte, hicieron observar al *Rey de las Indias* la conveniencia de seguir otra conducta más en armonía con sus deberes y los intereses de sus súbditos; pero deslumbrado con la idea de su poderío, que consideraba insuperable, despreció cuantos consejos y amonestaciones le hicieron sus leales. Habiendo continuado éstas y las quejas, se dió por ofendida la susceptible majestad, y para vengar el agravio que creyó se infería á su poder, mandó al tormento á cuantos se habían permitido aconsejarle. Como el ejemplo resultaba bastante persuasivo, fué suficiente para sellar los labios á todos sus consejeros.

El príncipe, abandonado á sí mismo, y, lo que era aun más peligroso para él y más terrible para sus pueblos, entregado en cuerpo y alma á una camarilla de aduladores, nota dominante de las cortes, que explotaron hasta el último extremo su vanidad y ambición, se dejó llevar hasta los últimos excesos. Los pueblos, agobiados bajo el peso de la más desenfundada de las tiranías, la tiranía de la soberbia unida á la ignorancia, manifestaron su descontento y su antipatía hacia un rey que tan desdichados los hacía. Los príncipes tributarios, cansados asimismo de las genialidades del *Rey de las Indias*, resolvieron emanciparse de su yugo y llevar la guerra á sus estados.

Entonces un bracmán llamado Sissa, hijo de Daher, penetrado de las desgracias de su patria, intentó persuadir al príncipe de los funestos efectos que iba á producir su conducta; bien que, teniendo en cuenta la suerte que les había cabido á los que un día quisieron aconsejarle, ensayó un medio para que el príncipe, sin advertir que venía de otro, aprendiese por sí mismo la lección. Al efecto inventó el juego de ajedrez, en que el rey, aun siendo



la principal pieza, no puede atacar ni defenderse de sus enemigos sin el auxilio de sus vasallos y soldados. El nuevo juego se hizo célebre muy pronto. El rey oyó hablar de él y quiso aprenderlo. El bracmán Sissa fué escogido para enseñárselo, y, con el pretexto de enseñarle las reglas y el arte que era preciso emplear para mover las piezas, pudo persuadirle de las verdades que hasta entonces se había negado á oír. El príncipe no fué indiferente á las lecciones del filósofo, y, reconocido á ellas, dijo al bracmán que le indicase la recompensa que por el bien que le había hecho apetecía.

Este pidió que se le diesen los granos de trigo que sumasen el número de casas del tablero en esta forma: un grano por la primera casa, dos por la segunda, cuatro por la tercera, ocho por la cuarta, diez y seis por la quinta, duplicando así por las demás hasta la sesenta y cuatro.

Admirado el rey de lo poco que en apariencia pedía, se lo concedió al instante y sin examen; pero, habiéndolo calculado sus tesoreros, convinieron en que había accedido á una pretensión que para satisfacerla no bastaban todos sus tesoros.»

Según cálculo de algunos matemáticos, resulta que para contener la cantidad de granos de trigo que pidió el bracmán Sissa se necesitarían 16,348 ciudades que cada una tuviese 1,025 graneros, en cada uno de los cuales habría 174,762 medidas de capacidad de 32,768 granos cada una.

Reuniendo todos los granos de trigo que corresponden á cada casita, escaque ó división del tablero del ajedrez, formarían la inmensa cantidad de 18,446,744,073,709,651,615 granos, los cuales, á razón de 1.800,000 granos por hectolitro, darían 10,248,191,152,000 hectolitros, y éstos, vendidos sólo á 10 pesetas el hectolitro, valdrían 102,482 millares de cuentos.

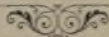
El juego de ajedrez fué, desde que se inventó la diversión, el objeto de distracción preferida de los reyes y gente guerrera, por ver en la marcha y combinación de sus piezas un vivo ejemplo de la guerra.

De Tamerlan se cuenta que era apasionadísimo por ese juego. Carlomagno tenía uno magnífico de marfil que le regaló un califa de Bagdad, que se conservó durante largos años en la Biblioteca Real de Francia.

D. Juan de Austria, gran aficionado al ajedrez, tenía una sala de grandes dimensiones para tablero, cuyas casas estaban representadas por el pavimento de mármol blanco y negro, sirviéndose de hombres, peones y soldados, que se movían á su mandato con la regla y precisión con que se mueven las piezas de marfil.

Los juegos de ajedrez más lujosos son los que se fabrican en el Japón, cuyos tableros de nácar ó concha con incrustaciones de oro, y las piezas de marfil y coral primorosamente caladas, constituyen un adorno digno de figurar en el más aristocrático salón.

BENJAMÍN





## — NUESTROS GRABADOS —

### LOS NIÑOS DE LA CHINA

(Conclusión)

Estas barqueras son bonitas, pero van descalzas; costumbre que les permite lucir sus pequeños y lindos pies. Aprenden ya el oficio desde la niñez, y hay familias enteras que viven y mueren en los botes. En ellos abre el niño sus ojos por primera vez á la luz del día, en ellos pasa su juventud, en ellos se casa, y no pocas veces su tumba es el líquido elemento. El agua no parece hacer daño alguno á los niños, pues la habitan continuamente y la costumbre les endurece.



Una artista modelito

Esta gente no suele ir á tierra sino alguna rara vez. Vive en los botes en el río Cantón y en otras aguas, en las barcas ancladas ó que están siempre en el mismo punto, y allí pasan sus vidas. Tienen tiendas flotantes como ellos, y encuéntranse barcas que han sido residencia de varias generaciones. Los jóvenes se encargan de conducir pasajeros y mercancías, y distínguense por su gracioso tipo. Suelen llevar el cabello corto sobre la frente, aunque lo anudan en la parte posterior de la cabeza bajo las anchas alas del sombrero.

Solamente en Cantón, cuéntase un millón de habitantes que vive sobre el agua.

Ya hemos hablado en otro lugar de la obediencia de los hijos á sus padres, y aquí añadiremos que deben obedecerles mientras vivan, tanto que no llegan á ser nunca dueños de sus acciones y están sometidos en todas las cosas. Después de casarse, la joven no es solamente gobernada por su marido, sino también por sus padres; y si aquél muere, ha de obedecer al hijo cuando éste llegue á la edad madura.

Los chinos, como pueblo, son los más conservadores de sus costumbres que se conocen, pues considéranse muy superiores á los bárbaros del exterior, como ellos llaman

á las naciones europeas. En el *barrio chino* de cualquiera ciudad en que, como en San Francisco, esos naturales han logrado establecerse, el extranjero observará que los hijos del Celeste Imperio practican todos sus ritos y ceremonias y educan á sus hijos lo mismo que si se hallaran en su propio país.

En la víspera de Año Nuevo los chinos adornan con preciosas linternas



sus puertas y balcones. Llegada la media noche, quémanse fuegos artificiales y resuenan el tamtam y los tambores, así como los acordes de la música, que se toca para alejar á los malos espíritus. En tal ocasión adórnanse las casas con paño rojo, y el cabello de las niñas se ata con seda del mismo color, porque se cree que así no las sobrevendrá ningún mal.

Al fin del año ciérranse todas las cuentas, se compran ropas y se hacen regalos. Entre estos últimos lo que más se prefiere es un



Escena de familia

par de zapatos, y es costumbre felicitarse todos mutuamente.

Los chinos cuentan sus años por *lunas*, y aquellos comprenden á veces doce, y en algunos casos trece. El año 1884 tuvo un mes más, como nosotros añadimos un día á febrero cuando es bisiesto. Para 1887 se agregó otra luna, pues en el idioma chino esta última y el mes se expresan por el mismo carácter ó palabra. En su consecuencia, el día del mes es el mismo que la edad de la luna.

Se podrá considerar á los chinos como atrasados, pero en realidad nos ade-



lantan por mucho en cuanto se refiere á la civilización de nuestro *antiguo mundo*. Conocieron la brújula mucho antes que los europeos. Otro ejemplo de la diferencia entre nuestros países y la China consiste en que el *Norte* de la aguja es nuestro *Sud*. Como prueba de su progreso podemos citar una observación que leímos hace algún tiempo.

En ocasión de hallarse un inglés hablando con un mandarín, díjole que le parecía absurdo comer con cañitas, á lo cual contestó el chino:

—En remotas edades, antes de que llegáramos á civilizarnos, usábamos cuchillos y tenedores como vosotros y no nos servíamos de cañitas. Aun hay quien conserva el cuchillo, pero esto no es más que un resto de la pasada barbarie. Nosotros hemos renunciado ya á esos instrumentos. Nos sentamos á la mesa para comer, y no para cortar huesos.

No podríamos asegurar que el argumento del mandarín no era el más fuerte.

## LOS NIÑOS DE ITALIA

COMENZAREMOS este capítulo describiendo la habitación de los niños en las casas donde los hay. Muchos se representarán ese aposento con las paredes revestidas de papel de brillantes colores ó de pinturas que representan escenas infantiles, con un fuego agradable para caldear la habitación, con balancines y banquetas, con numerosos juguetes, y por último el baño.

Pero ¿á qué se parece la habitación de niños en Italia? ¿Tiene en efecto paredes pintadas, comodidades de toda especie, juguetes y baños? Sí y no.

Su techo puede ser la celeste bóveda; sus paredes se compondrán tal vez de almendros en flor, de olivos ó de oscuros cipreses; quizás los juguetes sean las mariposas, las avecillas y los insectos de doradas alas; y acaso el niño esté sentado en un fragmento de pared ruinosa.

La Naturaleza ha sabido preparar, adornar y caldear la estancia de los niños en el sur; y más vale así, porque Italia es pobre, y deberíamos buscar mucho semejante á lo que se ve en las casas inglesas.

Hasta los palacios son lóbregos y oscuros, con sus gruesas paredes semejantes á las de una fortaleza, y sus pequeñas ventanas; y el niño rico, en su costosa cama de madera esculpida, adornada de colgaduras de seda, no es más feliz que el niño pobre de una lavandera, que con un cesto por cuna se arrastra y se ríe á la orilla del río, mientras que su madre lava la ropa con afán. Más dichoso es también el hijo del pescador, que aspira el aire libre sentado en un montón de redes á la orilla del agua; ó el niño montañés, cuya cuna es un poco de paja puesta en el suelo delante de la cabaña del padre.

Sí: la Naturaleza ha procedido en esto muy sabiamente, facilitando sobre todo agua para los baños, aunque desgraciadamente pocos piensan en lavarse.

En los pueblos de la montaña los niños crecen sin que el agua humedezca nunca su rostro, y sin peinarse.

Todos los italianos cantan, muchachos y niñas, hombres y mujeres, tengan ó no hambre; y lo mismo cuando están tristes que cuando se hallan alegres. El proverbio italiano dice:



«S' io canto tutto il giorno,  
il pan mi manca;  
e s' io non canto mi manca  
à ogni modo.»

(«Si canto todo el día  
el pan me falta;  
y si no canto,  
también me falta.»)

No es necesario hacer comentarios sobre esto, porque el citado proverbio revela bien el carácter del italiano.

Cierto día un extranjero paseaba por la mañana, á primera hora, cuando de pronto vió un muchacho como de doce años, de ojos negros y cabello rubio, que iba cantando alegremente. El chico era delgado, y con su chaquetilla de color oscuro, sus polainas y sus sandalias, parecía tener un conjunto muy pintoresco. Cubría su cabeza un viejo sombrero de fieltro con cinta roja, y con una mano agitaba un junco. La brisa de la montaña entreabría el cuello de su camisa, dejando ver su pecho desnudo.

El  
padre  
carriñoso



El caballero observaba al muchacho, y parecióle que podía dibujar un buen tipo; pero cuando estuvo más cerca vió que tenía la camisa muy sucia, y que en su cara había una especie de pasta de aspecto sospechoso, por lo cual su admiración comenzó á disminuir, aumentando su asombro. Cuando se halló próximo al chico, el caballero no pudo guardar silencio.

—¡Hola, muchacho!—dijole en italiano.—¿No te lavas nunca?

El chico miró á su interlocutor como si no comprendiera y sin avergonzarse en lo más mínimo.

—¡Lavarme!—contestó, como si nunca se le hubiese ocurrido semejante idea.—*Giamai, signore, giamai.* (Jamás, caballero, jamás.)



La mendicidad ha sido hasta estos últimos años la principal ocupación de los niños italianos en distritos enteros. En las montañas hay verdaderas cuadrillas de chiquillos descalzos y medio desnudos que persiguen á los viajeros gritando sin cesar:—*Datemi qualche cosa*. (Dadme alguna cosa.)—Esto sucedía lo mismo en la ciudad que en el campo, pero ahora hay una ley que lo prohíbe.

Cuando terminan los meses de calor, los habitantes de los pueblos de la montaña bajan á las ciudades, particularmente á Roma, para ganar dinero cantando ó para servir de modelo á los artistas.

Los que cantan suelen formar grupos de tres ó cuatro personas: un hombre ciego, una mujer que toca la guitarra ó el bandolín, y uno ó dos niños para recoger los cuartos.

Los que han de servir de modelos se agrupan en la Escalinata, bien conocida de todos cuantos han visitado la ciudad de Roma. Curioso espectáculo ofrecen aquellas aldeanas, con sus pintorescos trajes y sentadas en todas las actitudes. Algunas de ellas hacen calceta ó trenzan paja, y á su alrededor se ve jugar á los niños, alguno de los cuales servirá, sin duda, para representar un San Juan Bautista.

Tal es la vida de los niños de una considerable clase en Italia, y, por mala que parezca, es preferible á la existencia del hijo del bandido, pobre criatura digna de compasión, porque vive entre hombres que no reconocen ley ni rey, con los cuales no aprende nada bueno, ni tiene esperanza de escapar de su desgraciada suerte.

El bandido, sin embargo, quiere mucho á sus niños, y es singular ver cómo, aunque haya roto con los lazos de la religión y de la fe para sí, no desprecia estas cosas para su hijo.

No hace mucho tiempo, un sacerdote anciano viajaba de un pueblo al otro. Hacía mucho calor, y el buen hombre debía recorrer un largo camino; de modo que se alegró de ver una campesina que, montada en un carro, seguía la misma dirección. La mujer preguntó al sacerdote si quería subir, éste aceptó con mucho gusto, y, al doblar un recodo del camino, tres bandoleros salieron de la espesura.

—La Madona os envía, — exclamó uno de ellos con sentido acento. — Nada temáis, compadre: bajad y venid con nosotros.

El pobre sacerdote, por más que le dieran tal seguridad, tenía miedo, y la campesina temblaba; mas era preciso obedecer.

Al cabo de tres horas de andar por los bosques, recorriendo sendas y vericuetos en los pasos de la montaña, llegaron á un reducido espacio abierto, ó meseta, donde vieron un grupo de bandidos, uno de los cuales tenía un niño entre los brazos.

—Buen padre, — dijo aquel hombre, que parecía ser el jefe, acercándose al sacerdote y mostrándole la criatura; — este es mi hijo, y deseo que sea cristiano. Bautizadle, ó de lo contrario preparaos á morir ahorcado.

Ya se comprenderá que el santo varón se dió prisa á bautizar el niño, á quien se pusieron numerosos nombres, comenzando por Miguel Ángel y acabando con Giuseppe.

Terminada la ceremonia, el bandido padre entregó al sacerdote una bolsa llena de oro, regalando á la campesina un par de pendientes, y entonces los dos fueron conducidos otra vez al camino, donde el burro arrancaba tranquilamente la yerba, esperando á su ama.

Los bandidos quieren algunas veces que sus hijos sean bautizados en la iglesia.



En tales ocasiones baja toda la cuadrilla á un pueblo de la montaña, y obliga al cura á bautizar al niño. Por regla general, tanto el sacerdote como los aldeanos se atemorizan de tal manera que hacen todo cuanto se les man-



La tarde en el parque

da; mas por lo regular no tienen motivo de queja. El bandido es entonces un caballero, saluda á todos en las calles, arroja dinero por donde va, y paga algunos barriles de vino, que los vecinos beben, juntamente con el sacerdote, sin escrúpulos de conciencia.



Además de los niños mendigos y de los hijos de los bandoleros, hay otra clase digna de compasión: son aquellos á quienes envían á recorrer extraños países para ganarse la vida como mejor puedan. Todos conocemos al pobre chico italiano que va con su marmota y su organillo, y con frecuencia nos hemos preguntado qué padres tendrá para que le dejen abandonado así.

¡Ah! Es porque en su casa no quedaba ya sitio para él, y porque la torta de *polenta* era demasiado reducida para las bocas de todos.

Esta *polenta*, el manjar favorito de los italianos, es cosa muy sencilla, y á nuestro modo de ver no muy buena, y se hace como vamos á decir: Se pone al fuego una cazuela con agua, échase cierta cantidad de harina con un poco de sal, y remuévese hasta que se ha espesado bastante. Después se echa sobre una tabla, y el jefe de la familia divide la pasta en porciones iguales, según el número de individuos. Además de esto se da á cada niño un pedacito de queso, que se hace con leche de oveja; y esto es la principal comida. Cuando se trata de celebrar el santo de alguno de la casa, la madre fríe unos pedazos de hígado con manteca; pero rara vez se permiten este lujo. Los *macaroni* es otro de los platos favoritos de los italianos.

Tal es la vida de los niños de la clase pobre, que en Italia es la más considerable. En el orden de jerarquía siguen después los niños de familias que fueron en un tiempo nobles y ricas, pero que han perdido su fortuna. Estos son los que más compasión merecen, porque, demasiado orgullosos para trabajar ó dedicarse al estudio, viven entregados á la pereza, esperando siempre recobrar una fortuna que no vuelve jamás.

Sin embargo, hay algunos que, ya desde niños, despójense de su falso orgullo y siguen una carrera con firme resolución, llegando á ser hombres notables.

Otra clase es la de los niños cuyos padres son propietarios en el norte de Italia. Generalmente tienen tutores ó institutrices, según el sexo; y con ayuda del cura, que muchas veces forma parte de la familia, reciben bastante buena educación, hasta que tienen suficiente edad para ir á una de las escuelas ó universidades de las grandes ciudades.

En los dominios de esos propietarios el género de vida es muy patriarcal. Los arrendadores que cultivan la tierra deben dar la mitad de lo que ésta produce al dueño, quedando además sometidos á su voluntad por varios conceptos. Los hijos del amo y de los arrendadores viven juntos, pero los del primero se consideran como protectores de sus compañeros más pobres: juegan con ellos, los atienden si están enfermos, é interésanse en todos sus actos, presenciándose á veces muy agradables cuadros de familia en el campo, donde los niños viven sin cuidados ni necesidades. En el primer grabado la madre observa al niño que trata de andar, mientras que en el segundo representase á un padre que interrumpe su trabajo para abrazar al niño que llega.

Muchos niños, que forman una considerable clase, son mimados más de lo conveniente durante sus primeros años, y después se les envía á los establecimientos monásticos para educarlos. Aquellos que se destinan á ser frailes ó monjas, según el sexo, tienen una vida muy triste. Lo primero que se les enseña es á olvidar sus padres y todos los lazos de la familia, y, no pareciendo esto bastante, se les dice que seguir amándolos ó acordándose de ellos es un pecado por el cual se ha de hacer penitencia. Al principio se les permite escribir á intervalos; mas, poco á poco, hasta esto se prohíbe.

Hasta hace pocos años, solamente las familias ricas educaban sus niños, enviándolos á los seminarios ó monasterios; y para los pobres no había escuelas. Mas ahora disfrutan de este beneficio, como en otros países, desde



que Italia llegó á ser reino en 1859. Ahora se fundan escuelas en todas partes, y se exige á los padres que envíen á ellas á sus hijos desde la edad de seis años hasta la de doce. Unas dos quintas partes de los niños que tienen edad para ir á la escuela, asisten á ella, y tres no reciben educación alguna, lo cual es

muy lamentable, pues el niño italiano aprende pronto y bien. Los hijos de las mejores clases que han tenido oportunidad para estudiar, hablan y escriben cuatro y cinco idiomas perfectamente, y es casi seguro que se distinguirán por alguna cosa.

En cuanto á las niñas, manifiestan mucha energía y celo desde que no



Al salir de la escuela

están sometidas á la educación del convento. El estudio de la música es uno de los más favoritos.

Los niños italianos, en particular los que viven en el norte de Italia, llegan á ser muy hábiles en ciertos juegos, como el de la *pallone*, especie de pelota; y en el *bocce*, que se juega con una pequeña y cierto número de otras más grandes, consistiendo la destreza en poner las últimas junto á la primera. También es muy general la *ruzzola*, que se reduce á rodar unos discos.

En los parques y jardines, durante las tardes más frescas de la primavera



y del otoño, los niños se reúnen para entretenerse con todos esos juegos, y las niñas saltan con los aros ó la cuerda.

En el otoño, cuando las avecillas emigran desde los países del norte, pasando por los Alpes, para ir al Africa; y en la primavera, cuando vuelven; hombres y muchachos van á cazar, y con las escopetas, las redes y trampas cogen inmenso número de aves de diversas especies, que se llevan á los mercados.

Las familias ricas tienen quintas especiales en las montañas para entregarse á esa diversión. Colocan su *rocollo*, red de grandes dimensiones, en las altas rocas y los precipicios, y en el fondo de éstos diseminan simientes, poniendo también jaulas con pájaros domesticados para atraer á los otros. Hombres y muchachos hacen fuego en un momento dado, y las avecillas remontan el vuelo al oír el ruido; pero tienen la costumbre de bajar otra vez, y entonces siempre se posan en el borde de las rocas. Allí quedan cogidas por la red, y ya no pueden escapar. Esta caza no deja de ser peligrosa, pues en medio de su afán el hombre ó el muchacho caen á veces con peligro de su vida.

Otro de los pasatiempos lo constituyen las procesiones, verdaderas festividades como la de Navidad y Carnaval.

Esta última festividad es la más notable. Cuando se celebra llénanse las calles de arlequines, clowns y máscaras que llevan por careta una enorme cabeza de cartón que representa un oso ó un perro. Los muchachos y los niños gastan muchas bromas picarescas. Se arrojan de los coches ramos y dulces, y desde los balcones huevos de harina, y las risotadas y los gritos producen el mayor estrépito. Creo que entonces Italia gustaría á todos los niños, aunque no fuera más que para lucir un bonito traje y divertirse mucho.

---

## EL NIÑO DE URBINO

---

(Continuación)

Rafael le escuchaba sin decir nada, con los codos apoyados en las rodillas de su amigo y la barbilla en la palma de las manos. Sabía que los otros aprendices eran muy superiores, como pintores, á su querido Luca, aunque ninguno de ellos fuese tan bueno ni tan guapo como él, ni tampoco fuesen tan simpáticos.

Al cabo de algunos minutos preguntó:

—¿Cuánto tiempo se concede para pintar el plato y el vaso?

—Tres meses, querido Rafael,—respondió Luca con un suspiro de desesperación.—Pero aun cuando se tratase de tres años ¿qué diferencia habría? No se puede, á palos, hacer de un hombre un artista, como se hace de un mulo rebelón un mulo obediente. Dentro tres años seré un patán como hoy. ¿Sabéis lo que me decía vuestro padre, ayer precisamente? (Y, sin embargo, es muy bondadoso conmigo y no me desprecia). Pues me decía: «—Luca, hijito, estáis perdiendo el tiempo si esperáis la mano de Pacífica: es como si pidierais la luna. Si fuese mi hija yo os la daría de buena gana, porque tenéis



un corazón de oro; pero el signor Benedetto no os la dará, porque me temo que nunca os hallaréis en estado de decorar otra cosa que no sea un tarro de boticario ó una vacía de barbero. Si lo que os digo os ofende no lo toméis á mal, pues sólo hablo así en interés vuestro. Si yo fuese un guapo mozo como vos, iría á probar fortuna en las compañías francas en España ó Francia, ó bien en Roma, porque sois de la madera de los soldados.» Hé ahí lo mejor que se le ocurrió á vuestro padre para consolarme.

—Pero á Pacífica,—objetó el niño,—á Pacífica no le gustaría veros entrar en las compañías francas.

—Dios sabe lo que le gustaría: quizás no se le importaría nada,—dijo Luca con desesperación.

—Estoy seguro de que algo se le importaría, porque la verdad es, Luca, que ella os tiene amistad: sólo que como es una joven y su padre está contra vos, no se atreve á decirlo. ¡Pero si supieseis cuánto le quiere al pajarillo que habéis domesticado para ella!

Luca abrazó á su amiguito, pero eso no quitaba que tuviese las mejillas inundadas de lágrimas, pues deseaba sinceramente casarse con Pacífica y estaba desesperado.

—Aun cuando me amase,—repuso suspirando,—nada me dejaría adivinar por qué su padre le tiene prohibido que piense en mí, y hé ahí ese encargo del duque que ha venido á empeorar todavía más las cosas. Si es ese fanfarrón de Berengario de Fano el que su mano alcance, me voy en seguida á sentar plaza en las compañías francas, rogando al cielo no me haga sufrir demasiado tiempo.

Rafael permaneció ensimismado durante algunos instantes, y luego, levantando la cabeza, dijo:

—He pensado una cosa, Luca. Pero no sé si me dejaríais que ensayase.

—¡A vos, angelito! ¿Qué os podría negar este pobre Luca? Pero quitaos de la cabeza que podáis ayudarme. Nadie podría: los santos mismos perderían el *oremus*, porque no soy más que un pedazo de cernícalo.

Rafael le abrazó y le comunicó su plan.

Algunos días después el signor Benedetto, en audiencia solemne, enteraba á sus aprendices del encargo del duque y de sus propias intenciones. No pronunció ni una sola vez el nombre de su hija, pero los jóvenes comprendieron á medias palabras que al que tuviese la dicha de satisfacer al duque le cabría el honor de ser socio del maestro. Sabíase en Urbino, desde el día en que Pacífica había hecho su primera comunión, que cualquiera que gustase bastante al padre para ser su socio, estaba seguro, por anticipado, de obtener la mano de su hija. En aquel tiempo no se tenían muy en cuenta los sentimientos y las preferencias de los jóvenes. A nadie se le ocurría acusar al maestro alfarero de injusticia y de crueldad al disponer de tal manera de la mano de su hija, consultando su conveniencia y no la de la pobre Pacífica. Pero lo que asustaba más á los aprendices era que el maestro Benedetto abría la carrera



no solamente á sus propios discípulos, sino también á todos los jóvenes nacidos en el ducado de Urbino. ¿Quién podía afirmar á aquellos pobres mozos que no se revelase de pronto un genio desconocido que les arrebatase el premio y la mano de Pacífica? Y luego, que el que obtuviese su mano tendría además muchos y muy hermosos y buenos ducados de oro: heredaría la casa



Dormida entre las flores

grande, el jardín, la huerta, cierta cantidad de joyas y de piezas de viejo brocado, sin contar algunas fincas que producían trigo y frutas.

Luca, naturalmente, no pensaba en nada de eso, pero los otros tres aprendices sí pensaban y los otros jóvenes también. Si las condiciones del concurso no excluían á ningún competidor mientras hubiese nacido en el ducado de Urbino, habrían acudido opositores del otro lado de los Apeninos, de Florencia mismo y de Lombardía, porque el premio era harto tentador; pero era preciso haber nacido precisamente dentro de los límites del ducado, y el pobre Luca tenía el consuelo, flaco consuelo sin embargo, de que el número de sus competidores fuese escaso.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA